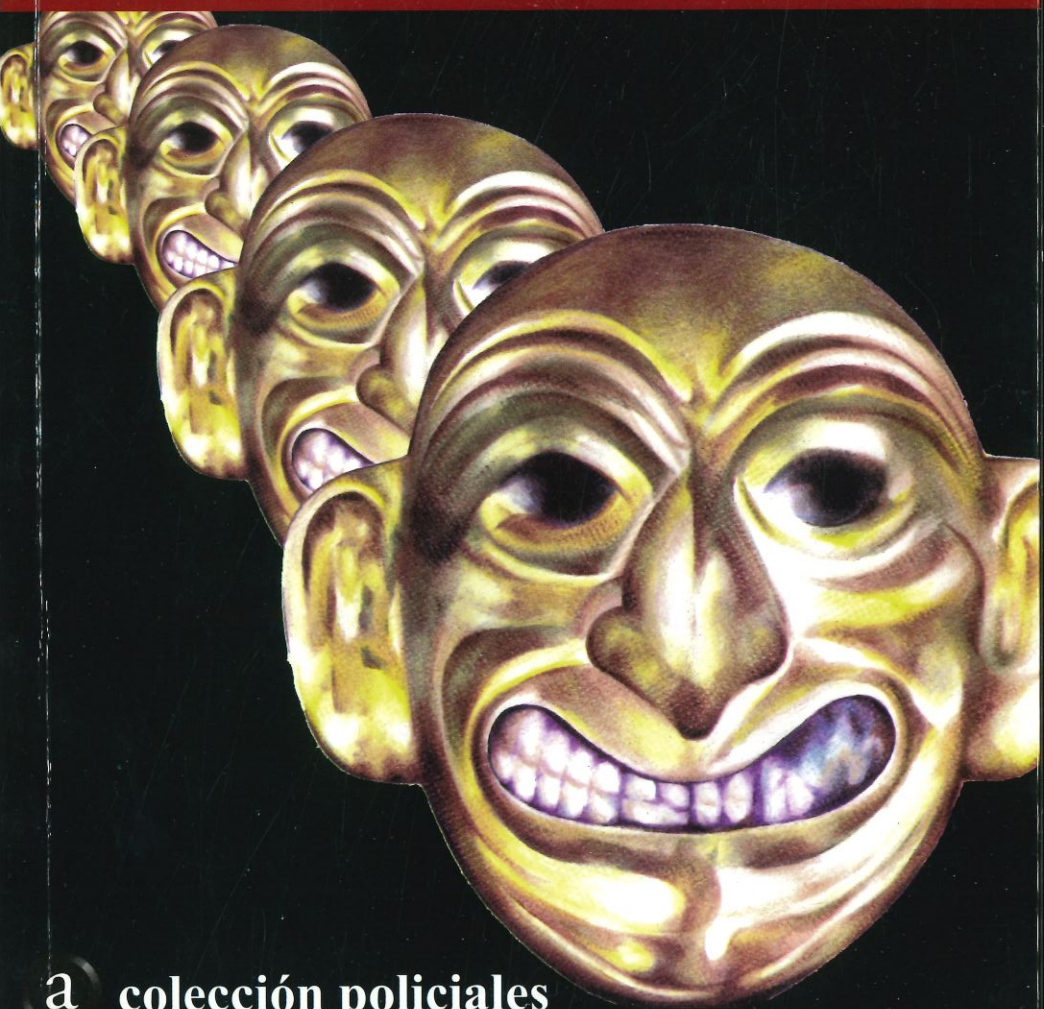


Ramiro Pellet Lastra
El legado del Inca



a colección policiales

Capítulo I

La cazadora de tesoros

La estrecha casa de adobe de Bermúdez era un calco de sus vecinas, poco más que una pila desordenada de tristes ladrillos ocre. Resultaba difícil distinguirla de las otras casas, y más todavía de la meseta barrida por el viento en la que se disolvían los hogares de Abra del Cactus, un pueblo que no figuraba en los mapas ni en las guías de turismo de Jujuy. Para dar con él se precisaba la ayuda de baqueanos o de un afinado instinto de supervivencia. Sólo así se recorrían sin tropiezos los casi invisibles senderos que cortaban, zigzagueantes, las mesetas, quebradas y cuevas de esa región andina. Senderos donde sólo se presentaba la ocasional compañía de las llamas, que giraban la cabeza sin la menor expresión de curiosidad.

Dos chicos desarrapados precedieron en algunos metros a Julia de la Fuente a su llegada al caserío. Habitados a guiar sus cabras y sus ovejas por esas endiabladas colinas, la oferta que les hizo de ser conducida hasta Abra del Cactus, a cambio de tres chivos, les pareció una clara estafa a su favor. Ahora le indicaban con señas el lugar de destino,

y sonreían triunfantes por haberse ganado, de forma tan sencilla, la inusual recompensa en especie.

—Busco a Ramón Bermúdez —dijo mirando a unas mujeres sentadas en el salón parroquial de la iglesia, un templo cuyo cura compartían, según le contaron sus guías, con otros siete pueblos de la zona. Las seis collas de edades diversas tejían en silencio en sus telares de madera. La respuesta fue un vago gesto de la que estaba más cerca, una joven de trenzas y cara redonda en la que ya asomaban arrugas, en dirección al otro extremo del pueblo.

Julia debió formular su inquietud otras cuatro veces, con idéntica parquedad en las respuestas, a medida que se acercaba a la meta. Le tomó veinte minutos atravesar los doscientos metros de Abra del Cactus para dar con la casa buscada.

Tres perros se asomaron a la puerta, acaso a la espera de su amo, que a esa hora de la tarde ya debía estar volviendo de la huerta comunitaria que cultivaban los hombres del lugar. Estaban flacos y sarnosos, pero ladraron con fuerza no bien la tuvieron a su lado. Los miró con desprecio y sintió ganas de patearles la cabeza para abrirse camino: hasta les haría un favor si los mandaba a mejor vida. ¿Qué más podían perder? Los tres piojosos animales habían terminado, igual que su dueño, en uno de los sitios más desolados de Argentina, y según Julia ya no había un peor destino.

Dejó el sombrero de fieltro que usaba en los viajes sobre la mesa de madera que ocupaba, con sus dos sillas, la mitad de la choza de adobe. El resto del mobiliario consistía en un catre de campaña, un baúl de cuero negro, otro baúl más pequeño de color marrón, y una especie de sillón

de mantas de lana, echadas unas sobre otras bajo el hueco sin vidrios que oficiaba de ventana.

Al lado de las mantas se alineaban una pila de libros de títulos diversos, una linterna sin pretensiones y, lo más llamativo de la decoración, un telescopio de aire sofisticado. Alejó con la mano una mosca gigante, acaso una vinchuca, que salió de una hendidura y después de aletear frente a ella se acopló mansamente sobre el lomo del perro más flaco. Sin otro insecto a la vista, se acomodó sobre las mantas, encendió un cigarrillo y se recostó a esperar. Bermúdez no tardaría en aparecer y la misión que la había arrastrado a esos confines entraría en su recta final.

No alcanzó a dar dos pitadas cuando escuchó el rumor de pasos acercándose a la puerta, seguido del ladrido de los perros de la casa. Sonaban más alegres que cuando les tocó recibirla, señal de que el amo volvía al hogar.

—¡Bueno, bueno! ¡A quién tenemos por acá! —dijo Julia mientras se incorporaba al entrar el hombre—. ¡Si es el auténtico colla, el dueño de los Andes! Aunque, con esa estatura, no puede ocultar su ascendencia europea.

El hombre medía cerca de un metro noventa. Era casi tan flaco como sus perros y debajo de su sombrero de ala ancha asomaban mechones desordenados de cabello cano. Su tez clara también contrastaba notoriamente con la piel cobriza de sus vecinos, aumentando la distancia con su fisonomía mestiza.

Puso su poncho sobre una silla y acomodó la azada en un rincón de la cabaña. Luego abrió el baulito y sacó una lata de cerveza, como si fuera el frigobar de un hotel en vez de la tosca alacena de una choza de arcilla.

—Para ser alguien que entra en mi casa sin invita-

ción, lo tuyo me parece el colmo de la descortesía. Podrías empezar disculpándote por pasar sin permiso. Después quizás te invite una cerveza.

—¿Y desde cuando los collas toman cerveza? —replicó Julia—. Me sorprende que estando en medio de la nada se vea tan bien provisto, Bermúdez. Hasta me suena extraño llamarlo así. ¿Puedo decirle doctor Williams?

El hombre le dio un sorbo a su lata y negó con un gesto.

—Ahora me llamo Bermúdez, y digamos que soy colla por adopción. De todas maneras, ciertos gustos no se pierden jamás —dijo echando una mirada a la pila de libros, de donde sacó uno titulado: *Comer bien no cuesta nada*—. Pero no te voy a demorar con discursos gastronómicos. No habrás venido acá para hablar de empanadas, locro y vino. Lo tuyo es caviar y champagne.

—No le puedo mentir. Me conoce demasiado.

Williams la invitó a sentarse en el catre y él se dejó caer en las mantas.

En efecto, Julia había hecho su elección en materia culinaria —y profesional— de manera precoz. Llevaba una vida trashumante de la mano de su padre, el renombrado arqueólogo Alberto de la Fuente. Divorciado de su mujer, a quien conoció en la Universidad de La Plata, ganó la tenencia de la nena cuando ella tenía diez años, y desde entonces la tuvo a los saltos por el mundo, de un yacimiento al otro, según los dictados de su profesión. Al comienzo lo de Julia era una obligación filial, un constante correr detrás de su viejo chiflado. Pero cierta noche, mientras acampaba junto a la tumba del Señor de Sipán, en la costa peruana, vio salir de una fosa a un arqueólogo cargado de collares de

oro, brazaletes ornados de esmeraldas y diademas de plata. Allí descubrió su vocación. El amor de su padre por la historia de las obras antiguas se transmutó en ella en el amor por su lisa y llana cotización.

—Usted tampoco es un dechado de filantropía precisamente, doctor —dijo Julia al cabo de un largo silencio—. La colección de tejidos de los huarpes que vi en su casa cuando lo visité con mi viejo no se la regalaron los indios: la incorporó después de pasarse tres meses en un yacimiento de Mendoza. ¿Y qué me dice de las dos urnas funerarias de los atacamas que había sobre la repisa de su estudio? Por no hablar de las tres lanzas de guerra del legendario Calfucurá.

Williams asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Tenés buena memoria, debo admitirlo. Pero cuidado con las conclusiones apresuradas: todas esas cosas fueron a dar a las vitrinas del museo. Siempre las llevaba a casa hasta hacerles un lugar en las salas de exposición, y ahora mismo están a la vista de todos. No era nada sensato dejarlas en el depósito del museo, un sótano sin luz ni ventilación y que chorreaba humedad. Sólo duraban seis meses más o menos enteras y después no las restauraba ni Miguel Ángel. ¡Qué pena que no te mandé los catálogos de las exhibiciones!

—Está bien, está bien. Deje la publicidad para la vuelta.

—Para ser sincero, ya no creo que vuelva. Antes de venir a la Puna conocí a los miembros de una congregación de ufólogos, al lado de Tilcara, donde montaron campamento. Me recibieron bárbaro cuando les dije que era científico, y querían que me quedara a colaborar en la

búsqueda de ovnis. Hasta me regalaron el telescopio que ves ahí. Al final no me instalé con ellos pero igual los visito seguido. Dicen que Tilcara es uno de los sitios favoritos de los extraterrestres.

—¿Extraterrestres? —dijo Julia enarcando las cejas.

Williams le dio otro sorbo a la cerveza y siguió su relato sin inmutarse.

—En el centro del recinto tienen una torre de madera con vigías que rotan por turnos, las veinticuatro horas, para dar la voz de alarma si llegan a detectar un objeto fuera de lo corriente. En ese caso, los demás acampantes sacan sus telescopios y sus cámaras y los enfocan al cielo para corroborar la visión.

Julia le dedicó una mirada escéptica. ¿Le estaba tomando el pelo? Ella había entrado a la choza dispuesta a obtener, en un pestañar, las respuestas necesarias para lograr su objetivo. Y en cambio se veía envuelta en una extraña historia de platos voladores que jamás había soñado escuchar.

—El asunto, doctor, es que en honor a los buenos tiempos que compartimos los tres, mi padre, usted y yo...

—Mejor no invoques a tu padre, que se debe revolver en la tumba. No le hacés honor en ningún sentido. Era un notable científico, un explorador de primer orden.

—También era un perdedor. Tantas excavaciones, tanto trabajo de hormiga, ¿para qué? Para cobrar cinco pesos la expedición. Lo llenaron de medallas, diplomas y doctorados, pero las distinciones no sirven de nada si no se llega a fin de mes. Eso sí, la vida en las carpas de lona de todos modos era más cómoda que la vida en Buenos Aires. Con cada mudanza, cuando vencía el alquiler, nuestras ca-

sas perdían un ambiente y nuestro nivel de vida descendía un escalón, por no decir dos.

—Pero era un tipo feliz...

—Mi felicidad pasa por otro lado. Heredé su vida nómade de exploraciones subterráneas. Pero las cosas que rescato ni sueño con dejarlas oxidarse en las salas de un museo decrepito.

—Si la clave de tu existencia pasa por comprar y vender, te recomiendo que mejor instales un kiosco. Te va a dar menos dolores de cabeza.

—Las cartas están echadas, doctor. Yo no le pido que acepte la forma en la que me gano la vida, y usted no me pida que cambie de oficio. —Julia hizo una pausa y trató de suavizar el tono—. Le decía que en honor a la estima que mi padre sentía hacia usted, quizás pueda ayudarme a dar con cierta pieza que, por alguna extraña razón, se resiste a caer en mis manos.

—Te conoce, por eso.

—Todo lo contrario. Si me conociera, sabría que nunca fracasé en dar con las obras que tengo en la mira. Mi récord es perfecto, y por eso cobro tan bien.

—Pero la pieza no se deja seducir tan fácilmente. Me está gustando, esa pieza. A ver, dale, dame una buena descripción.

—Mi cliente es más bien parco en sus pedidos —dijo Julia—. Me dice que salga a buscar tal o cual obra sin caer en detalles.

—Vamos, sin detalles no hay ayuda —dijo Williams mientras dejaba la lata de cerveza vacía sobre la mesa—. ¿Cómo esperas que te hable de una obra sin ninguna referencia?

Julia se tomó unos segundos para responder.

—¡Qué más da! —dijo lanzando un suspiro—. Busco una de las máscaras incas que se descubrieron en la Quebrada de Humahuaca; las que usted mencionó en sus cursos de cultura indígena. Como sabe, son siete máscaras de oro, de las que mal o bien se conoce el destino de seis: las dos de Tumbaya, las dos de Maimará, la de Humahuaca y la de Purmamarca. Se dice que ya están en manos de coleccionistas. Y aunque sus nombres todavía no son públicos, de un momento a otro va a correr la voz entre los entendidos. De la que no se sabe nada es de la máscara de Tilcara.

Hizo una pausa mientras encendía otro cigarrillo, y luego confesó, con aire aún resignado, que llevaba cinco días recorriendo la zona totalmente en vano. Donde más esperaba acercarse a la máscara era en esta charla con Williams, con la ilusión de obtener datos confiables. Algunos pobladores de los cerros de Tilcara, en vez de despejar sus dudas, le habían advertido que los espectros de los muertos, ofendidos con las repetidas profanaciones, castigaban a los saqueadores de tesoros. Ella estaba convencida de que la intimidación de aquella gente era cosa seria, arraigada como estaba en sus ancestrales creencias indígenas. Sentía que, si no lo hacían los espectros, los mismos pobladores le tendrían reservado el linchamiento justiciero.

Williams escuchó el relato cargado de angustia que enhebró Julia y se rascó la barbilla sumido en inquietudes para él más urgentes.

—¿Dónde habré dejado la pava...? Ah, sí, se la presté a mi vecino. El tipo siempre me hace lo mismo: se la doy y nunca vuelve.

Salió de la casa y volvió a los dos minutos con una

pava en la mano. Sacó un calentador a gas del baúl más grande y giro la perilla para encenderlo. Luego tomó un manojo de hojas silvestres de una bolsa de arpillera, levantó la tapa y las echó al agua de una sola vez. Pasó el agua por un filtro de metal cuando estuvo caliente y sirvió dos tazas humeantes sobre la mesa de madera.

—Me acostumbré enseguida al té de coca. Es bárbaro en estas soledades. La altura te quita el aire y el trabajo de campo te saca la fuerza. A los collas les sirve para paliar el hambre. En vez de té, ellos se arman bollitos y chupan las hojas durante todo el día. Lo que no me gusta es la chicha; me tumba en dos tragos.

—Por suerte lo encontré sobrio.

Williams volvió a sentarse sobre las mantas y la miró con severidad.

—Mejor cuidá tus modales. ¿O querés que yo también te asuste con historias de fantasmas? A ver, decime algo más de esas máscaras incas, algo que haya salido después del hallazgo. En los cursos de Buenos Aires me limité a dar la noticia del descubrimiento. Mis datos eran relativos y no del todo fiables. Por ejemplo, ¿de qué fecha son, exactamente? ¿Las vio un especialista en metales?

Julia se alzó de hombros y Williams continuó:

—Sabés tan bien como yo que esos exámenes son la mejor manera de detectar la autenticidad de una obra, aunque, por supuesto, ningún sistema es infalible.

La cazadora de tesoros sentía que la calma se estaba acercando a su fin. Ella había comenzado la conversación de mal modo, es cierto, al burlarse de la ropa y de las nuevas maneras collas del doctor Williams. Y aquello de la chicha había sido otro paso en falso, sin duda a causa del cre-

ciente nerviosismo. Pero el hombre parecía disfrutar de su desconcierto. Ahora se arrepentía de haber viajado sin sus lugartenientes, Santoro y Jiménez, que le hubieran metido un miedo de muerte al viejo bocón.

—Mi cliente dice que esas máscaras son del siglo XV, de los años dorados del emperador Pachacútec, cuando los incas se extendían hacia el Sur —dijo—. Sólo unas décadas antes de que los españoles les cayeran encima para arruinarles la fiesta.

—Vamos mejor, al menos alguien arriesgó una fecha de fabricación... En concreto, mi estimada Julia, estás pataleando como una histérica por una de las máscaras de la realeza inca que yo di a conocer...

Julia volvió a hacer silencio.

—De acuerdo. Decime hasta dónde avanzaste con tus pesquisas.

—Después de recorrer la Quebrada seguí de largo a La Quiaca, donde me encontré con una banda de saqueadores. Los tipos me mostraron el mapa que le habían robado a un arqueólogo que iba camino a Bolivia, a ver si les daba una pista. Estaba dibujado a mano y nadie entendía los trazos, salvo una borrosa referencia escrita acerca de una máscara de oro inca. Alcancé a reconocer el contorno de Tilcara y justo en el centro estaba marcado un punto, con birome verde, donde según recordaba estaba el Museo de Arqueología. Como se imagina, doctor, me fui sin decir nada a mis nuevos amigos y en menos de tres horas estaba en la puerta del edificio. Entré a visitarlo de día, me filtré a escondidas de noche, revisé todas las salas, las oficinas, el depósito... y nada. Seguro que los tipos hablaron de más y alguien cercano a la máscara la puso a salvo sobre la hora.

—¿Y si te digo que yo sí alcancé a verla?

—¿Dónde?

—En el museo, dónde va a ser. ¿Vos hablaste con el director?

—Charlamos de arqueología, de tradiciones andinas, cosas así. Nunca nos referimos de manera específica a la figura de oro. No era cuestión de contarle suelta de cuerpo que me moría de ganas de robarle una pieza de su colección.

—Ves, en eso estamos de acuerdo: la discreción ante todo —dijo Williams esbozando una sonrisa—. El asunto es que el buen hombre, colega y amigo mío, recibió hace cosa de dos meses la donación de una máscara de oro. Fue una sorpresa absoluta. Estaba tan feliz que hasta sacó un retrato de Belgrano que colgaba de la pared de atrás del escritorio y lo cambió por la pieza nueva. El mecenas era un arqueólogo de Buenos Aires. La había descubierto cuando grababa un documental sobre las fortalezas indígenas, a cien metros del Pucará. Tomó una pala frente a la cámara, y con la primera palada de tierra se topó con un objeto metálico. Se agachó, removió la tierra con las manos y notó un destello dorado. No me extrañaría que fuera el mismo sujeto al que le robaron el mapa.

Julia le lanzó una mirada de sospecha.

—¿Me está diciendo que la máscara estaba a plena superficie y que nadie la vio?

—Julia, Julia. Siempre tan escéptica. Así no vas a llegar a vieja.

—Y además pretende que me crea que estuvo todo el tiempo detrás del escritorio, frente a mis propios ojos, mientras yo conversaba de cualquier estupidez con el imbécil del director?

—A veces vale más mirar al cielo que al fondo de la tierra. Por eso me caen simpáticos los ufólogos. Por algo se alegraron ellos también con el hallazgo. Junto con la máscara apareció un objeto que después todos los diarios dijeron que era parte de una nave espacial... Siempre pasa: lo estruendoso, el escándalo no deja lugar para lo verdaderamente importante... Pero ya se hizo tarde. Mejor seguí la carrera mañana, porque está oscuro para caminar entre los cerros. Además, los changos de los burros se hicieron humo hace rato. Vos dormí nomás en el catre, que yo me las arreglo con las mantas. Esta noche vas a ser mi invitada... en honor a tu viejo.

—No me cambie de tema, vamos. Eso que me dice del museo... No me voy a saltar una vista tan evidente pero... ¿sigue ahí entonces la máscara?

—Ah, no te dije. Hace unos días un marchand de Buenos Aires se la cambió al director por tres boleadoras del siglo XIX. Eran de la toldería donde estuvo Martín Fierro, allá en las pampas.

—Martín Fierro es un personaje de ficción.

—Mi amigo es fanático del libro y le cambió la máscara sin chistar.

—Está bien, demos por cierta la historia del trueque

—dijo Julia reuniendo sus últimas fuerzas—. Lo importante, dada la situación, es si me hace el favor de decirme cómo se llama ese hombre, el que se quedó con la máscara.

Williams meneó la cabeza con lentitud.

—Julia, Julia, te movés tan despacio: a esta altura debe estar revendida tres veces... Igual estoy dispuesto a darte una mano en tu cacería, si tanto te entretiene. Digamos que maneja un local de antigüedades en San Telmo, a

unas diez cuerdas de tu casa. Y que sus iniciales son R.C. Pero no se te ocurra pedirme el teléfono ni la dirección. Para eso están las páginas amarillas.

Julia suspiró y se levantó del catre.

—Siempre con sus juegos de intrigas...—dijo y se asomó a la puerta de la cabaña mientras veía alejarse las últimas luces del día—. Aunque no entiendo por qué me soltó esos datos, si le resulto tan despreciable.

—Porque quiero verte correr desesperada detrás de la máscara. ¿Sabés? Sospecho que tu récord perfecto se está por acabar.

NOVELA



La noche
triste de Gardel
RAMIRO
PELLET LASTRA



LOSADA

MI NOCHE TRISTE

Nunca me consideré un tipo de suerte. Jamás había tenido un indicio que alejara mis sospechas de un destino inclinado al infortunio, un hecho que demostrara lo infundado de esa afirmación tan categórica. La racha comenzó, según recapitulé más tarde, el mismo día en que fui bautizado con el absurdo nombre de Calixto Beltrán. Siempre asocié el Calixto con algún esclavo del Imperio Romano, y la combinación con la rústica sonoridad de mi apellido no ayudaba a mejorarlo en nada. Alguna vez se me ocurrió cambiar el apellido por Beltrane, para darle un aire francés, o por Beltrain, para simular una estirpe británica. Pero no me decidía. Además, aun cuando lograra mejorar el Beltrán, el Calixto era insalvable. Mis amigos de la barra preferían llamarme Cali, para mi evidente satisfacción, y a menudo lo alternaban con Beltrán, aunque me conocieran de toda la vida. Todo menos Calixto.

Ese domingo de primavera yo seguía fiel a mi rutina de desaciertos y de azares adversos, fiel a mi aura de constante derrota, mientras salía del hipódromo con la revista de turf bajo el brazo, *La Verde*, toda arrugada, después de una tarde nublada en la que perdí la mitad de mi sueldo, pesos más, pesos menos, apostando a tres fijas en tres carreras consecutivas que

al final no lo eran tanto. Ya me ocuparía de echarle la bronca a Cuevas, que me convenció de que esos pingos selectos, lo mejor de la raza equina, como insistió en afirmar vaya a saber en base a qué fundamento, serían imbatibles en las pistas de Palermo.

La multitud que se arremolinaba en busca de la salida luego de la última carrera, una marea de trajes oscuros y sombreros de fieltro, era tan espesa que a medio camino, comprimido por la turba dominguera, decidí abrirme paso a los codazos hacia un costado del corredor, a la espera de que cediera el torrente. El estrecho pasillo que se entroncaba con el corredor de salida dejaba ver, de camino a los baños, dos puertas a cada lado con ventanas de vidrio esmerilado. Una de ellas estaba apenas entornada y desprendía de su interior una tenue luz de tono amarillento. Quise filtrarme a esperar adentro, calculando que a ninguna oficina que se preciara, si es que ésa era una oficina, le podía faltar una silla. Y no importaba cuán rústico fuera el asiento, siempre sería mejor que los empujones de la turba.

Al acercarme a la puerta me pareció escuchar un creciente murmullo coral. Varios hombres discutían con un acaloramiento mal disimulado. "Macanudo, viejo, macanudo", fue lo primero que alcancé a descifrar entre el rumor de las voces a medias. Era una voz un tanto nerviosa, que se esforzaba en mantener la calma, con un tono a la vez cálido y entrador, aunque levemente agitado. "Mañana mandás a alguno de los tuyos al teatro y seguimos charlando del asunto". Ya iba a seguir de largo cuando escuché a otro hombre que respondía con desprecio: "Se acabó el tiempo, Morocho". Luego sentí algo así como el vuelo de una trompada y el grito sordo del objetivo, sin duda el Morocho, de seguro castigado con

un cross a la mandíbula. "Llévate de acá, Barbeta, después vemos qué hacer con este marica", fue la orden sin atenuantes.

Quise meterme de un salto en la sala de al lado, pero casi entro en pánico cuando al girar el pica-
porte encontré la puerta con llave. Sin vacilar me apresuré a dar tres zancadas y acerté a zambullirme en el baño, que después de siete horas de semejante trajín colectivo, de alivio continuo de multitudes inmensas, olía a poco menos que orines de elefante.

Desde ahí vi pasar al tal Barbeta, un tipo corpulento, de traje negro y expresión de granito, un pistolero como los que veía en la portada de *Crítica* ilustrando las noticias de ese capo mafia de Chicago, al que llamaban Al Capone, y al que los agentes del FBI habían logrado atrapar por evasión de impuestos. Barbeta llevaba agarrado al Morocho en una incómoda llave, sujetándole el brazo a la espalda con una mano y manteniéndole la cabeza gacha con la otra, la vista clavada en el suelo.

Al lado de Barbeta, el Morocho era una muñeca de porcelana. Registré de un vistazo el traje cruzado a medida, a rayas grises y negras, sin una arruga, los zapatos de charol de lustre inmaculado, y un anillo de oro en el anular derecho. Pero apenas si alcancé a entrever su cara, de facciones delicadas, y un pelo peinado a la gomina, como recién salido de un coiffeur de la calle Florida, que no se despeinaba ni con la enorme presión de la mano enemiga. O más bien parecía recién salido de un estudio de cine, una estrella del escenario ajena al tiempo y ajena a los sudores, las corbatas desanudadas y los peinados desgredados de los aficionados al turf, que seguían saliendo en tropel de la tribuna, de vuelta al hogar, con expresiones sombrías o exaltadas según los aciertos del día. Por algo el

sujeto había mencionado el teatro como posible sitio de encuentro. Se lo veía impecable, y eso que lo llevaban a rastras, casi comiéndose las baldosas grises de un pasillo dominado por las sombras.

Una estrella del escenario, eso es. La situación me sonaba como una película de Hollywood, de esas que veía con los muchachos en el cine del barrio o, de tanto en tanto, en el Empire, el Majestic o el Smart Palace del centro, un lujo al que me entregaba cuando la obra lo ameritaba y el bolsillo lo permitía. Cine de acción, de buenos y malos, con mis actores favoritos y con el mágico añadido de que las cintas ahora venían con sonido incorporado, con las voces de mis héroes, una novedad a la que me acostumbré rápidamente, con el mayor placer, aunque siempre estaban los reaccionarios que anhelaban el regreso al cine mudo.

En eso escuché salir de la otra sala al que llevaba la voz de mando, que tenía un chambergo en la mano y hablaba por lo bajo con otro de sus socios. Subió el tono y se dirigió a Barbeta, que se alejaba con su presa inerte e indefensa hacia la otra punta del corredor:

—Y acordate de ablandarlo, lo veo muy estirado. Yo me quedo con el sombrero. Si se las tira de guapo, le das palo y a la bolsa. Basta de sutilezas con este piojo resucitado que se cree tan bacán. ¡Si no es más que un turrítito del montón que garroneaba comidas y cantaba vidalitas en fondas de mala muerte! Ahora finge ser un gran señor, un estanciero de la elite, un copetudo Anchorena. Si será cretino. Ya le bajaremos los humos.

—¡Y vos sos el más borrego de todos, el hermano bobo de la banda de malandras! —lanzó el Morochito con la voz ahogada entre las garras de Barbeta—. ¡Dejate de embromar, querés!

Cuando llegué esa noche al café del turco Mustafá, el corazón me palpitaba más rápido que nunca y el sudor me seguía corriendo por la frente, como al salir del hipódromo. No alcanzaba a comprender mi propia reacción ansiosa y exaltada: ser testigo de un secuestro estaba en línea con mis otros infortunios cotidianos, o así lo veía en ese momento.

El Turco era en realidad un sirio de edad indefinida, un inmigrante acriollado que al verme entrar al local me sirvió, además de la acostumbrada ginebra, y a fin de calmarme los ánimos, una de sus dulces infusiones de menta que le enviaban los hermanos desde Oriente.

Me tomé la ginebra de un solo trago, de pie junto al mostrador de estaño. Pero en vez de seguir con el té de menta, busqué a Cuevas con la mirada y lo ubiqué en la mesa del fondo que solíamos ocupar con los muchachos. A falta de compañeros de truco, jugaba con displicencia al solitario. Ya me había olvidado de la desacertada profecía sobre las carreras, y más aún olvidé la ristra de insultos que le quería lanzar, desbordado como estaba por el violento incidente de la tarde.

Si algo tenía claro era que la víctima del asalto no era un tipo del montón. No mucho después de estrecharle la mano y de contarle los hechos, le dije a Cuevas sin titubeos que el Morocho no era otro que Carlos Gardel, el cantor de los cantores, la voz del tango. Además del sobrenombre, uno de los tantos que había acumulado el artista a lo largo de su ascendente carrera, estaba esa facha insuperable de caballero inglés, su atildada elegancia, y el tono de carismática suficiencia con que trató de manejar la conversación con sus agresores.

Cuevas me escuchaba como se escucha a un chico añadir pormenores a una circunstancia trivial.

Me dejaba discurrir en detalles que al rato comenzaban a repetirse, ligeramente cambiados por la fantasía, el cansancio o quizás la desesperación, ya que por momentos me sentía acorralado por su mirada irreverente y descreída. Con tal de ganar su confianza, recurría a cualquier tabla de salvación para sostener mi sospecha, fraguando partes del diálogo, aumentando los músculos de Barbeta y exagerando el castigo que le ordenó su jefe.

—Vamos, viejo. Tengo un vecino al que le dicen el Morocho y que usa traje cruzado. Pero eso no lo convierte en Gardel —dijo Cuevas después de escuchar el relato diez veces—. Y canta como la mona, te lo aseguro. La otra vez organizó una serenata para una chica de al lado y daba lástima oírlo. Fue con otros dos tipos que tocaban la guitarra, mientras él cantaba como un desquiciado, con la voz aflautada. La chica abrió la ventana, y cuando el cantor se empezaba a ilusionar cerró el postigo más fuerte, con eso te digo todo. Se fue antes de que saliera el padre a retarlo a duelo o a correrlo con un cuchillo. Quién sabe, capaz que traía al vigilante de la cuadra.

Le dediqué una mirada, con ojos sorprendidos e indignados, que podía traducirse en que el auténtico merecedor de un duelo o de un cuchillo al corazón era él, mi supuesto amigo, por su enervante escepticismo.

—¿Y vos qué sabés de música? —dije sin esperar respuesta—. ¿Alguna vez en tu vida escuchaste cantar a Gardel? ¿Alguna vez le viste la pinta? ¿Qué lo vas a ver, si nunca vas al teatro ni al cabaret! Demasiado burgués, supongo. Y ya sabemos que el tango te importa un cuerno, y mucho menos te interesan las revistas del espectáculo y los famosos. *Radiolandia* y *Antena* le dedican diez fotos por número a Gardel.

Diez. Claro, esas son lecturas muy superficiales para un intelecto superior como el tuyo. De los libros de anarquistas no te saca nadie... y justo ahora que los están corriendo a todos.

La última frase fue un golpe bajo. Me di cuenta tarde y ya no había forma de arreglarlo. El remolino de sensaciones que me acosaban desde el incidente del hipódromo me hizo perder los estribos y entrar sin querer en un asunto delicado. Las redadas y otros operativos de sometimiento a los disidentes libertarios estaban surtiendo efecto en las calles de Buenos Aires. Apenas unos meses antes, las fuerzas de seguridad habían fusilado a Severino Di Giovanni, símbolo y líder del movimiento anarquista, que quedaba descabezado y al borde del abismo.

Se podía atenuar el impacto del comentario, sin embargo, distrayendo la atención de Cuevas una vez más hacia la frivolidad de las revistas ilustradas, una novedad que empezaba a hacer furor entre la clase media de la ciudad. Y así lo intenté, señalando con un gesto en dirección al mostrador, donde el Turco amontonaba viejos números de *Radiolandia*. En un extremo se veía, junto a la máquina de cerveza con manijas de cromo, traída de Alemania y orgullo de su dueño, una pila desordenada de revistas desgajadas. Yo solía tomar unas cuantas y las hojeaba en la mesa de fondo como al pasar, junto a mi vaso de ginebra y sin excesiva atención, mientras esperaba a los muchachos cuando llegaba primero.

—¿Y qué tiene que ver que no lea *Radiolandia*? —dijo Cuevas—. Sé muy bien quién es Gardel, como todo el mundo, como sé que el presidente del país, mal que nos pese, es el facho de Uriburu. Pero eso no tiene nada que ver con que Gardel sea el tipo que te pareció que arrastraban a la fuerza.

—No me pareció, macho, te juro que lo arrastraban de verdad. Y sí que se trataba de Gardel. —Por si la mera insistencia en los hechos no resultara suficiente, decidí probar con el recurso del absurdo—: Decime entonces quién otro puede mantener el peinado a la gomina tan intacto, aunque lo reviente a patadas un malevo de arrabal.

—Ves, te estás pisando solo —Cuevas no daba el brazo a torcer—. Hace un rato dijiste que le habían metido un bollo en la cara. Ahora la coña subió de categoría y pasó a ser una lluvia de patadas. Después le vas a agregar la cachiporra de goma y por último la picana eléctrica, el gran invento del humanista Polo Lugones, benemérito jefe de la policía política.

—Che, estás demasiado exaltado con los milicos. —La conversación tomaba colores más turbios que el ya sombrío episodio que venía de presenciar, pero en el fondo había sido mi culpa por darle manija, y ahora no tenía más remedio que intentar controlar los daños—. Ya te dije que andes con cuidado, te estás yendo de boca y te la van a cerrar con hilo dental. Estos milicos son duros de verdad, que no te confunda el disfraz de Uriburu.

Más de una vez habíamos sacado el tema, con el resto de la barra, de la absurda vestimenta del presidente de facto, que según coincidimos en describir se parecía a un bombero de Transilvania. Mirada marcial, bigotito germano, capa negra, casco con punta de hierro: el hombre era la viva estampa de un villano de opereta. Cuando el volumen de las bromas desbordaba el entorno de la mesa, Mustafá se acercaba con el pretexto de ofrecer otra ronda de ginebra, de grapa o de caña quemada. Le conocíamos las mañas y sabíamos que su intención era cortar de una vez las insolencias, que podían costarle caro,

con la clausura del local, si nos escuchaba un alcahuete del gobierno y les daba el parte a los de arriba.

Esta vez fue innecesaria la estudiada escena de Mustafá, que después de limpiarse las manos con un repasador, miró con el ceño fruncido en dirección a nuestra mesa. Ya estaba dispuesto a encararnos con su truco de costumbre, cuando vio entrar a nuestros compañeros de tertulia.

Allí estaban el Negro Grommler, casi albino e hijo de daneses, tal vez los únicos daneses que habían emigrado a la Argentina con el vendaval de otros miles de europeos; Roberto "Tito" Mariani, que viernes por medio tocaba tangos en el piano del boliche, desafinado y desvencijado pero aún en pie, a cambio de un vino de la casa y de dejarlo pasar la gorra, y el Zurdo Napolitano, un joven de modales suaves que debía informar a quien lo conociera, con paciencia extraordinaria, que Zurdo era su verdadero nombre y no un seudónimo adoptado por razones ideológicas.

Cuevas puso rápidamente al tanto a los demás sobre lo que calificó como "supuesto descubrimiento de Beltrán", y lo hizo con tal desdén que inclinó las cosas a su favor, creando una corriente netamente favorable a su opinión, más bien renuente y despectiva. Yo no alcancé a defenderme. El golpe de mano había sido brusco y eficaz. Luego de una larga discusión, en la que repasé una vez más los detalles del trato que le dieron a quien no dudaba en llamar Gardel, sólo alcancé a rescatar un tímido apoyo a la posibilidad de que, en efecto, se tratara de un secuestro. Pero nadie se atrevió a dar crédito a la teoría de que la víctima fuera el cantor.

—¿Y qué tal una apuesta? —Las miradas recayeron en el Turco, que había seguido la charla desde el

mostrador con creciente interés, mientras simulaba lavar un juego de copas, y que una vez alejadas las alusiones políticas se decidió a intervenir en la conversación, como si no fuera el dueño sino uno más de los asiduos al bodegón—. Si Beltrán tiene razón, ustedes largan, digamos, cien pesos al contado, sin chistar. Si no la tiene, el dinero se lo llevan ustedes, y con chupí gratis por una semana.

Lo que siguió fue una larga vacilación, murmullos apagados, buscándole la trampa al ofrecimiento. Demoraron varios minutos de cuchicheo intraducible hasta que decidieron aceptar el desafío. Sin objeciones a la vista, se pusieron de pie y estrecharon la mano de Mustafá y después la mía, que tendí entre aturdido y resignado. ¿A quién se le podía ocurrir hacer una apuesta en mi nombre? Y menos ese día, que venía de ser exprimido en las boleterías del hipódromo. Me quedaba la tibia esperanza de que más tarde, con la cordura de nuevo en su lugar, me las arreglaría para deshacer la apuesta, quizás alegando que era un deudor insolvente, o diciendo que al fin y al cabo no había sido yo quien lanzó la apuesta. Por otro lado, confiaba en que los muchachos no me dejarían en la estacada por un acuerdo irreflexivo, cerrado sin la menor conciencia de ninguna de las partes. No tenía dudas sobre lo que había visto, aunque sí me cuestionaba si sería capaz de demostrarlo con pruebas concluyentes.

El Turco intentó serenarme. Todavía de pie ante la mesa donde me había quedado solo, me dijo que si las cosas eran como yo las narraba, el secuestro no tardaría en salir a la luz, quizás en los diarios del día siguiente. O esa misma noche, en el noticiero de Radio Nacional, uno de los más escuchados de los muchos que comenzaban a emitirse en las cada vez

más sofisticadas *broadcastings*, que hasta hacía poco sólo pasaban música.

—¿Qué hiciste, Turco? ¿Me querés arruinar la vida!

—Se nota que sos porteño, vos, con ese melodrama tanguero —rebatíó Mustafá sin perder el aplomo—. Es su marca de nacimiento, el melodrama, la exageración, la queja, la tendencia a culpar a los otros. ¿El tipo era o no era Gardel? Eso es lo único que cuenta. Lo demás es aire. Y el dinero lo pongo yo, no te preocupes. Vos viniste con la fija, con el dato seguro, ahora confirmalo en la cancha. Nunca vienen mal unas monedas fuera de presupuesto, como llovidas del cielo.

—Así que me estás usando para ganarte unos mangos.

El Turco levantó la vista al techo, donde giraban lentamente las aspas del ventilador, quizás en busca de mayor elocuencia.

—Si no me interesara la plata nunca habría salido de Siria, Cali. Ya te conté mil veces que vendía telas con mis hermanos. La mejor tela de Damasco. Lo que nunca dije es que los turcos, los verdaderos turcos, los otomanos que nos invadieron a los árabes, nos sacaban la mitad de los beneficios. Éramos ciudadanos de segunda en nuestra propia tierra, te das cuenta. ¿Y acaso me ves lagrimeando por los rincones, como esos compadritos del tango que se mueren por la chica que los dejó en lo mejor de su vida? Date cuenta que la vida es corta y la guita es mucha. Ya vas a ver, la vamos a repartir festejando con odaliscas.

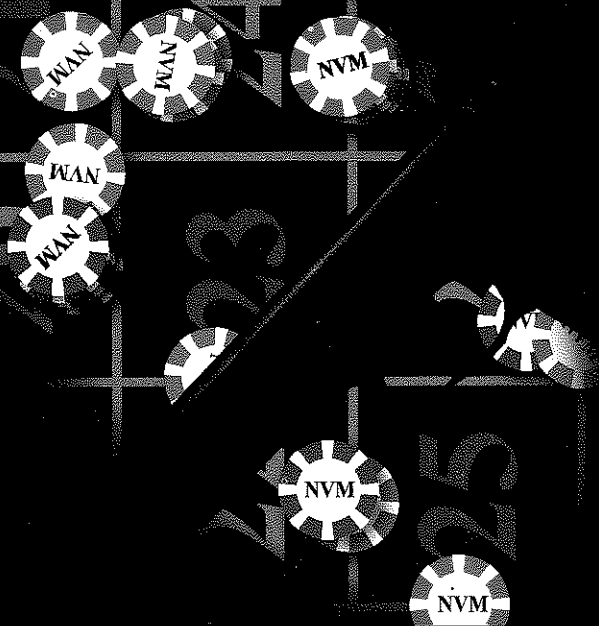
—Pero la erraste de socio, y la erraste fiero, Turco. No tengo nada de suerte. Conmigo te vas como un ancla al fondo del mar. Esta misma tarde perdí no sé cuántos billetes en tres carreras seguidas.

—Mi padre decía que la suerte no se tiene, se hace —dijo el Turco como si fuera un imán adoctrinando a los fieles en una escuela coránica—. Y vos la vas a hacer, te la vas a ganar y a merecer, igual que yo cuando me vine sin nada de mi aldea perdida en el medio del desierto.

—Dijiste que vivías en Damasco.

—Es lo mismo, no me cambies de tema. Aldea, ciudad... ni que fueras de la oficina del censo. Mirá, desde que te conozco no te había oído contar nada con tanta convicción como el relato del secuestro de este sujeto, que en ningún momento se te ocurrió que no fuera Gardel. Ni te detuviste a pensarlo, te salió de adentro. Es una buena señal. Yo confío en las señales y confío en tu relato. Ahora, Cali, tenés que confiar en vos.

NO VA MÁS



RAMIRO PELLET LASTRA

 CORREGIDOR

Uno

El camino a Puerto Iguazú se veía más despejado de lo previsto. Danilo Andrade acumulaba una docena de viajes en esa dirección, siempre transportando la misma mercancía, pero se había convencido de que el recorrido iba a ser más difícil que de costumbre. Su desconfianza se originaba en el rumor de que un camarada, detenido por la Policía Federal, había delatado a varios choferes dedicados como él al cruce de camionetas robadas a Paraguay.

El traidor había sido arrestado durante un control de rutina, cerca de Goya, cuando el oficial que requirió los documentos de los coches descubrió que no eran moneda limpia. Confesó todo lo que sabía y, a cambio de sus generosas palabras, consiguió una sentencia de dos años en suspenso. En dos semanas cayeron otros cinco camioneros. La policía anticipó sus pasos gracias a los recorridos, con detalles de rutas y horarios, que le había pasado el delator.

Andrade quería librarse cuanto antes de una carga que se le hacía más pesada que nunca, y aunque faltaban apenas seis kilómetros para llegar a destino, estaba atento al menor indicio de policías sobre la Ruta 12.

Miró de soslayo a su compañero, el Mono Vargas, al que le corría un hilo de baba mientras dormía recostado contra la puerta de la cabina. No lo había visto alterado en ningún momento de la travesía; ni cuando descansaba, totalmente relajado, ni cuando conducía, atento y distendido. Más de una vez quiso infundirle sus oscuros temores, su casi certeza de ser observados y, en cualquier momento, atrapados. Pero el Mono se limitaba a soltar un bostezo, encender la radio y sepultar con un estruendo de cumbia sus protestas lastimeras.

—Levántate que ya estamos en Iguazú —le dijo Andrade sacudiéndole el hombro—. No veo la hora de que dejemos las camionetas en la playa, nos den la guita los lancheros y vayamos a celebrar el negocio. Después, vaca-

ciones hasta que la cana se olvide de nosotros y nos deje trabajar en paz. Al fin de cuentas somos gente decente. ¿O acaso matamos a alguien?

El Mono abrió los ojos a medias, se limpió la baba con el dorso de la mano y bostezó estirando los brazos. Miró el reloj del tablero, que marcaba las cuatro y diez de la mañana, y se esforzó en registrar a través de la ventana por dónde estaban circulando. La noche cerrada le impidió saciar su curiosidad cartográfica.

—Y dale con la cana. No se nos cruzó un solo policía en todo el camino —dijo el Mono—. Manejamos más de mil kilómetros sin un patrullero a la vista. Me aburrí de mirar el paisaje, las vacas, los cultivos... y ni un solo cana. Eso del delator es un rumor sin sentido, una broma de mal gusto.

—Detuvieron a cinco amigos míos, por si no sabías —replicó Andrade.

Con tres de ellos jugaba al truco en un parador de Itatí las veces que coincidían sus itinerarios. El cuarto era compañero de diversiones en los alrededores de Iguazú: conocía todas las discos y whiskerías de la Triple Frontera y se definía a sí mismo como un experto en seducir mujeres fáciles. El quinto lo hizo entrar en el negocio del contrabando.

—Le debo mi laburo —dijo Andrade con voz ronca.

—Ya estás llorando otra vez. Sos un sentimental.

El Mono estiró la mano y encendió la radio. Rastreó el dial pasando sobre distintas voces hasta que dio con los compases de una cumbia. Subió el volumen y se acomodó de nuevo contra la puerta.

Andrade apagó la música de un manotazo.

—Te digo que arrestaron a mis amigos, así que no te rías y mucho menos te confíes de que el resto del camino va a seguir así de calmo.

—¿Querés saber lo que pienso? No me trago eso del camionero detenido que le cantó las rutas a la cana. Para mí que esos cinco se delataron entre ellos, por celos o por alguna cuenta pendiente. Igual el cuento del traidor nos va a venir bien para otros fines, ya vas a ver.

Andrade hizo una mueca de fastidio, pero el Mono siguió adelante.

—Los tipos de la lancha nos van a regatear el precio de las camionetas, como suelen hacer, pero no pienso aflojar un peso. Todo lo contrario, les subimos la factura con el pretexto de que atravesamos el país rodeados de policías. Decimos que nos quisieron tender una trampa, la misma en la que

cayeron los otros cinco. Así las cosas, ahora los coches valen el treinta por ciento más que en el último viaje.

—Con esa gente no se juega, son tipos duros —insistió Andrade—. No es cosa de vender artesanías a los turistas que vienen a las cataratas. Son más jodidos que nosotros, más curtidos. Mirá que también cruzan droga y saben tratar con narcos. Yo digo que bajemos los coches, cobremos lo pactado y adiós.

—Yo también soy de los duros. Si no fuera duro vendería diarios en un kiosco de Avellaneda, en vez de viajar con camionetas robadas. Prestá atención a mi labia con los lancheros. Y cambiá esa cara, porque después nos vamos de putas a Foz. Nos va a sobrar la guita.

Andrade sacudió la cabeza, contrariado. Se aferró al volante crispando las manos y tensando los músculos de los brazos.

—Si esa gente se calienta por tu culpa la vamos a ligar los dos. ¿Qué ganás a cambio de una bala en la cabeza?

El Mono sonrió con ironía.

—Ya te lo dije: quiero un treinta por ciento más. Teniendo en cuenta los riesgos de viajar en medio de un cerco policial, nos merecemos el aumento. Vas a ver que hasta nos van a mirar con más respeto.

Andrade mantuvo la vista en el camino, sin comentarios. Prefería no cruzar la mirada con su compañero. Pero éste no tardó ni dos minutos en volver a hablar de negocios.

—Te confieso una cosa: mi sueño es ser el capo del contrabando de la zona, el zar de la Triple Frontera. Cuando estemos de vuelta en Buenos Aires nos sacamos el disfraz de boludos, porque ser chofer es ser boludo, y cambiamos de estrategia. Hasta ahora cobramos una comisión de mierda que no compensa el peligro de ser arrestados, mientras el jefe se lleva la plata grande sin despeinarse. La idea es cubrir todas las etapas del negocio: robo, traslado en camión, cruce del Paraná y venta en Ciudad del Este o Asunción.

Andrade se echó a reír, más distendido. Pensó que, después de todo, el Mono le estaba tomando el pelo. Era apenas su tercer viaje juntos y no sabía cuándo le hablaba en serio y cuándo lo hacía en broma. Para sacarse la duda se arriesgó a indagar sobre los planes de su socio.

—¿Estás seguro que van a dejar que nos cortemos solos? Para mí, en una semana nos sacan del camino a punta de pistola y nos degüellan en un monte de Entre Ríos o Corrientes.

—Esas venganzas son cosas del cine, Danilo. En la vida real, cuando a uno le sale un negocio, los otros se joden y se buscan otra cosa. Ellos saben quién es el más fuerte, a quién le toca ganar y a quién le toca perder.

Al salir de una curva distinguieron, a dos kilómetros, las luces traseras de un coche varado en la banquina. Hacía rato que no se veían señales de vida en la soledad de la noche sin luna.

—¡Qué te parece! Ahí tenés un coche al costado del camino —dijo Andrade palmeando el hombro del Mono—. Si fuera por vos, lo subías al aco-plado y lo vendías por tu cuenta, para estrenar tu papel de empresario.

El Mono entrecerró los ojos, reflexionó unos segundos y transformó el sarcasmo de Andrade en un plan de ejecución inmediata.

—Dale, frená que le mostramos los fierros al dueño y nos vamos con el auto de regalo. Hay que ver si vale la pena, si es cero kilómetro: no vamos a tirarnos la cana encima por un cacharro de cinco años.

Andrade soltó otra carcajada, convencido de que el Mono era realmente chistoso, pero la mirada resuelta de éste le hizo ver que la cosa era en serio. El auto se iba con ellos. Entregado a los sueños de su copiloto, se detuvo detrás del coche. Era una Mitsubishi bordó, de doble cabina, con pinta de haber rodado menos de mil kilómetros y similar a las que llevaban en su aco-plado.

El Mono bajó con una linterna y apuntó a la camioneta. La puerta del conductor estaba abierta y estudió el interior, vacío. Rastreó con el haz los alrededores, sin ver tampoco allí señales de vida. Pero no se inquietó más de la cuenta.

—Me pregunto dónde estará el dueño. ¿Habrás salido a mear?

Andrade se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón y caminó unos metros para estudiar las inmediaciones. Como el otro tenía la linterna, él no podía ver nada más que la espesura verde que nacía junto a la banquina, la masa compacta de árboles del Parque Nacional Iguazú.

—Yo diría que el tipo se quedó sin nafta y se fue a dedo a la ciudad —dijo el Mono, enfocando la linterna a los ojos de su compañero—. Eso le pasa por

no comprar un celular para llamar a la grúa. ¡Mirá vos, venir a pagar miles de dólares por una camioneta y no agenciarse un teléfono!

—Apuntá la linterna para otro lado, querés —dijo Andrade por toda respuesta.

El Mono se agachó junto al asiento del conductor y levantó un manojito de llaves caído en la tierra rojiza de la banquina.

—Acá están las llaves; nos ahorramos el laburo del puente para arrancar la camioneta. Está claro que al dueño no le da la cabeza, porque primero se queda en la ruta y después pierde el llavero. Un boludo de pura cepa.

—¡A la mierda! —gritó Andrade desde lejos—. No te preocupes por el dueño, que no va a perder nada más en su vida. Vení a insultarlo en la cara, si te animás.

Diez pasos delante del coche, el cuerpo tendido de un hombre rompía la monotonía verde del matorral donde fue lanzado. La camisa abierta hasta el pecho dejaba ver una gruesa cadena de oro. Sus muñecas lucían un brazalete y un Rolex también dorados. No había rastros de violencia en el cuerpo inerte, a no ser por tres orificios de bala que lo cubrían de sangre de pies a cabeza.

—Qué lindos agujeros te hicieron, flaco —dijo el Mono de cuclillas junto al muerto—. Danilo tiene razón: no te vuelvo a insultar como Dios manda, por respeto a los difuntos. —Luego se dirigió a Andrade—: ¿Sabés quién era este fiambre?

El otro se alzó de hombros y el Mono continuó:

—Claudio Grimaldi, ni más ni menos. Ese malevo que se creía amo y señor de la Triple Frontera. ¿Te acordás cuando nos mandó tres pistoleros para venderle los autos a él en vez de a nuestros socios de la lancha?

Grimaldi les advirtió que si no arreglaban cuentas con él, si no usaban sus lanchas para cruzar el Paraná, entablaría literalmente una guerra naval. Quería monopolizar la travesía y facturar una fuerte comisión por cada descarga en Puerto Iguazú, al que pretendía convertir en territorio personal. Aquella vez salieron del paso entregando una suma que les vació los bolsillos. Desde entonces, redoblaron el sigilo para que el mafioso no supiera de futuros embarques.

—Mejor nos vamos de una vez, a ver si nos confunden con los asesinos —dijo Andrade, convencido de que incluso con tres balazos repartidos en el cuerpo la presencia de Grimaldi seguía siendo temible.

Y su situación era realmente delicada: la justicia los podía mandar a la cárcel de por vida, y los secuaces de Grimaldi, a la morgue. El crimen del jefe no iba a quedar sin castigo. Presos o fusilados, triste final para dos choferes con ánimos de progreso.

El Mono se subió a la camioneta y encendió el motor. Mientras giraba la llave, siempre con un ojo en los negocios, se le ocurrió otra manera de sumar unos pesos en su incursión a la frontera.

—Yo subo el coche al acoplado y vos sacale el reloj, la pulsera y la cadena a Grimaldi, que con eso nos compramos otra radio en Ciudad del Este. Si no nos toman las joyas en los puestos de la calle, probamos en los centros comerciales. Conozco a unos libaneses del Jelabai que seguro nos dan buena plata.

La última palabra del Mono coincidió con el ulular de una sirena que rasgó el silencio de la noche y puso fin a la velada con el muerto. No acertaban a distinguir de dónde venía el aullido, que parecía envolverlo todo.

Corrieron al camión, saltaron al estribo y se treparon a los asientos antes de salir a toda marcha arando un surco en la tierra mientras dejaban la banquina y mordían el asfalto. Andrade enfiló hacia Puerto Iguazú dejando atrás la camioneta y sin detenerse a pensar de dónde venía la sirena. Las luces de posición del coche de Grimaldi pronto se convirtieron en dos puntos blancos que se desvanecieron en la distancia.

Pero los problemas ya no estaban detrás sino adelante, donde surgieron dos focos acercándose a toda velocidad con los alaridos de la sirena y una luz roja y azul que dibujaba círculos en el aire.

Las sombras no dejaban ver de qué vehículo se trataba. Podían ser los bomberos, que se acercaban como una tromba por si el auto abandonado en la ruta, acaso averiado, se convertía en un foco de incendio. O bien era una ambulancia, advertida de un posible accidente con heridos de gravedad. Pero luego se hizo claro que las luces correspondían a un vehículo más bajo, con seguridad un móvil de la policía. Sobre el final del recorrido desde Bue-

nos Aires, luego de cientos de kilómetros sin sobresaltos, los temores de Danilo Andrade se hacían realidad.

Su corazón le dio un vuelco.

—Ahora sí estamos perdidos.

El Mono adoptó un aire menos dramático:

—Vos dale como si nada que el patrullero sigue de largo. No sabe quiénes somos, allá atrás no nos vio nadie. Seguro le avisaron a la cana que había una camioneta tirada en la ruta y ahora van a ver qué es lo que pasó.

Andrade estaba reclinado hacia adelante, casi pegado al parabrisas. Una gota de sudor le resbaló por la nariz y cayó sobre el pie del acelerador. Ahora la transpiración le manaba a chorros. Se secó las manos en el pantalón y se pasó la manga de la camisa por la frente. Cuando el patrullero estaba a menos de cien metros, se juró aplastarlo si el oficial levantaba la vista hacia la cabina.

Al fin se cruzaron. Andrade se dejó convencer por sus propios fantasmas y, sin esperar la mirada del conductor, lo sacó del camino con un golpe de costado. El coche resbaló a la banquina, donde siguió a los bandazos unos doscientos metros hasta detenerse por completo, envuelto en una nube de polvo, junto a un cartel de publicidad del Hotel Internacional Cataratas.

El Mono se enfureció.

—¿Qué hiciste, animal? ¿Nos querés matar? ¡Te dije que siguieras de largo!

—Me pareció que miraba para adentro, que nos había reconocido... Qué sé yo, me asusté.

—Vos querías policías, ahí los tenés. Ahora ajustate el cinturón y acelera porque al tipo le debe haber caído bastante mal que lo quisieras aplastar.

El espejo retrovisor les devolvió la imagen del patrullero saliendo de la cortina de tierra que lo rodeaba. Dejó la banquina, se incorporó a la ruta y picó tras el camión. La camioneta de Grimaldi, si alguna vez le interesó, dejó de ser prioridad a cambio de perseguir a los hombres que lo habían embes-
tido de manera criminal.

Cada cambio de marcha hacía crecer el rugido del camión. Andrade aceleraba en un desesperado intento de perder de vista al patrullero con un Mercedes Benz de ocho ejes y seis camionetas a cuestas. Para aligerar el

peso debían detenerse al borde de la ruta y desenganchar el tráiler, una lenta maniobra que la cercanía del policía no les dejaría completar.

El tramo final de la Ruta 12 era una pesadilla. El patrullero cubría la retaguardia, la selva custodiaba los flancos y, al frente, asomaba Puerto Iguazú, encerrada entre dos ríos. Los caminos alternativos, estrechos senderos de tierra colorada, eran demasiado angostos para esa mole rodante. Le darían alcance en cuestión de segundos.

Casi sobre la ciudad, la ruta se dividía en tres. Por la derecha estaban las cataratas: buen sitio para turistas, malo para hombres en fuga. Por la izquierda se alzaba el Puente Tancredo Neves, que daba paso a Foz de Iguazú. Desde allí se cruzaba a Ciudad del Este, santuario de delincuentes, pero no había forma de sortear los controles fronterizos. Quedaba seguir a Iguazú: una trampa sin retorno.

El Mono concibió rápidamente un plan de fuga, que consistía, a grandes rasgos, en deshacerse del mastodonte sumergiéndolo en el Paraná. La alternativa era entregarse a la policía y someterse a un rosario de acusaciones: homicidio de Grimaldi, intento de asesinato de un oficial, contrabando en primer grado, evasión de las fuerzas del orden... Y si el juez no estaba de humor, tal vez hasta los multara por exceso de velocidad.

La imagen de la multa le suscitó una sonrisa, amarga y fugaz, reemplazada de inmediato por sensaciones más sombrías. Se acercaba la bifurcación de la Ruta 12 y el tiempo de libertad se les escurría de las manos.

—Enfilá derecho a Puerto Iguazú y dale con todo hasta el fondo, por más que se cruce tu abuela —le dijo a Danilo Andrade.

—Derecho, lo que se dice derecho, se nos termina la calle.

—Y allá vamos, nos espera el agua. Quiero creer que sos buen nadador, porque vamos a patalear hasta la costa paraguaya.

—Mejor hacemos para atrás, atropellamos al cana y corremos de vuelta a Buenos Aires.

—¡Como si fuera tan fácil! Si se enteraron del muerto, nos va a seguir una legión de milicos convencidos de que lo limpiamos nosotros. Y gracias a la caricia que le hiciste al patrullero, tan delicada, la policía nos va a tener al trote hasta México o Estados Unidos.

—¿Y si nos cortan el paso en la entrada de la ciudad? Ya están alertados por radio.

—Auto que se cruza, auto que se aplasta: es el peso de la ley contra el peso del camión. ¡Y vamos a ver quién gana! Si doblás al otro lado nos caemos a las cataratas, y si vamos a la frontera nos acribillan los gendarmes.

Tomaron el camino a Puerto Iguazú con el aliento del patrullero en la nuca. Cuando pasaban por la bifurcación al Puente Tancredo Neves, un Volkswagen blanco con chapa brasileña, que venía dibujando eses, se detuvo justo a tiempo y evitó ser arrollado, primero por el camión y después por el móvil de policía, que volaban sobre el asfalto.

Andrade echó otra mirada al espejo retrovisor.

—Ya son dos los que nos siguen, Mono. Tenías razón sobre la legión de milicos, sólo que ese Volkswagen está disfrazado de civil. Deben ser de la Interpol.

—Para mí que son canas brasileños. No sé cómo llegaron antes que los refuerzos argentinos, pero en menos de dos minutos vamos a tener una columna de policías de los dos países tocándonos el culo, una fila india de hijos de puta. Y ni hablar de lo que nos espera allá adelante.

Al borde de Puerto Iguazú dejaron a mano izquierda el destacamento del Ejército, sin advertir la menor agitación de tropas salvo el soldado de guardia que se rascaba la nariz en posición de firme. Diez cuadras más adelante se erigían las primeras casas del casco urbano, donde esperaban toparse con una masa compacta de agentes apuntando sus fusiles a la cabeza. Su única duda era si les iban a disparar de entrada, a simple vista, o les harían una señal de alto antes de descargar una andanada de municiones.

Pero cuando la Ruta 12 se transformó en la avenida Victoria Aguirre, el eje comercial de la ciudad, el camión se adentró en las calles desiertas sin el menor contratiempo. No había rastros de presencia policial ni de ninguna clase, y apenas se veía cierto movimiento en el Café Lautaro y en el anexo del casino. Las agencias de viajes y los negocios de regalos, desde luego cerrados, dejaban ver sus vidrieras iluminadas a los infrecuentes caminantes nocturnos.

—¿Dónde están los patrulleros? —se sorprendió el Mono.

—Debe ser una emboscada, los canas están agazapados en una esquina para caernos encima —respondió Andrade con una mueca de desaliento.

—Capaz que esos dos de atrás están laburando solos. Sabés, la radio hablaba de un operativo inmenso contra unos narcos en Paraguay. ¡Mirá cuándo me vengo a acordar! Había como cuarenta canas de los tres países. El blanco era un camión repleto de cocaína cerca de Ciudad del Este, en la ruta a Capitán Bado. Tenía merca hasta en las llantas y el caño de escape.

—¿No fue hace tres días, eso?

—No me acuerdo, da lo mismo. No hay canas y listo.

Andrade repitió su resolución de atropellar sin miramientos a sus tenaces perseguidores. Si sólo eran dos coches, la mesa estaba servida para aplastarlos de una maniobra y retomar el camino a la playa donde los esperaban los lancheros.

Más que asustado, Andrade estaba indignado. ¿Quién mandó a esa gente a perseguirlos como si fueran los rufianes más violentos de la frontera? No tenían nada que ver con la muerte de Grimaldi. Y con buena voluntad, la policía podría haber tomado el incidente del patrullero como un simple error de cálculo, una distracción derivada del cansancio de tantas horas de manejo desde Buenos Aires.

—Suponen que los quisimos aplastar, lo que es cierto, pero no tienen porqué saberlo. Ni siquiera nos dan el beneficio de la duda.

Andrade gruñía con la vista clavada en el espejo retrovisor. La bronca le hizo ignorar que ya estaban saliendo del centro y se aproximaban al abismo. Y el Mono estaba con la cabeza fuera de la ventanilla, pendiente de sus perseguidores, que acortaban distancias. Los dos se volvieron a tiempo para ver el hito de las Tres Fronteras, un enorme mojón de piedra en el extremo del pueblo, cuya silueta de obelisco les dio la despedida mientras rodaban cuesta abajo.

El camión arrasó con la vegetación del barranco y abrió un sendero que segundos después el patrullero se ocupó de estrenar, cayendo también al vacío. Cerró la caravana el desconocido Volkswagen blanco, cuyas ruedas chirriaron en un último esfuerzo por evitar la caída, que a pesar de la maniobra se consumó a toda máquina.